

The cover features a dynamic illustration of two Jedi in a futuristic, metallic environment. In the foreground, a young man with dark hair and a determined expression is shown from the chest up, wearing a brown robe with a green sash. He is holding a glowing green lightsaber. In the background, a young woman with long dark hair, wearing a blue flight suit, is also holding a glowing green lightsaber. The scene is lit with dramatic, low-key lighting, with a strong green glow from the lightsabers and some ambient light from the environment. The overall tone is serious and action-oriented.

STAR WARS
THE HIGH REPUBLIC

EN LA OSCURIDAD

CLAUDIA GRAY



EN LA OSCURIDAD

CLAUDIA GRAY

Planeta Junior

© & TM 2021 Lucasfilm Ltd.

Todos los derechos reservados. Usado bajo autorización.

© de la traducción: Marta García Madera, 2021

Derechos exclusivos para la edición en castellano reservados para España:

Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2021

ISBN: 978-84-08-24049-5

Depósito legal: B. 3.925-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



UNO

Reath Silas estaba a punto de dejar el templo Jedi de Coruscant para su primera impresionante nueva misión en la frontera y se sentía muy desgraciado.

—¡Anímate! —insistió Kym, dándole palmaditas en el hombro que casi le hicieron derramar el contenido de la taza. Tenía la cara roja de emoción por la fiesta de despedida que se animaba a su alrededor—. ¡Estás a punto de vivir una aventura increíble!

—«Aventura» suele ser un eufemismo de «ir a sitios en los que hay muchos bichos» —dijo Reath—. Me refiero a que sé que los bichos tienen su lugar en la Fuerza y son seres vivos por derecho propio... pero eso no significa que los quiera en mis calcetines.

Kym se rio de él. Un par de serpentinatas de colorines que decoraban el área común de los padawans se habían quedado enganchadas en los lethorns de Kym.

—Eres consciente de que como mínimo la mitad de los aprendices de aquí harían casi cualquier cosa para que los destinaran a la frontera, ¿verdad?

Según Reath, «frontera» normalmente era un eufemismo para «mitad de ninguna parte», pero no tenía el valor de discutir con Kym más rato. Ya le costaba bastante fingir agradecimiento por la gran fiesta de despedida que le habían organizado sus amigos.

No. Estaba agradecido. Nunca podía ser malo saber que los demás se preocupaban por ti y que te echarían de menos cuando te fueras. Pero Reath no estaba de humor para fiestas cuando lo único que sentía era melancolía y la certeza absoluta de que lo llevaban del mejor sitio de la galaxia a uno de los peores.

Coruscant era el centro de la galaxia conocida, de forma literal y figurada. Reath siempre había estado agradecido por haber sido enviado al templo, haber tenido el privilegio de crecer allí, de aprender directamente de los miembros del Consejo Jedi. Había seguido teniendo suerte al ser elegido como padawan de Jora Malli, una de las Jedi más famosas de la época y también miembro del Consejo. Eso significaba que Reath había servido en varias de las misiones más importantes de los últimos años. Lo que le faltaba en potencia natural de la Fuerza (cosa de la que era muy consciente desde que era un niño muy pequeño) lo compensaba esforzándose, siendo digno de confianza y responsabilizándose de las

cosas. La mayoría de los aprendices todavía esperaban conseguir cierta independencia cuando cumplían los veinte años. En cambio, con solo diecisiete, a Reath ya le habían confiado tareas que su maestra decía que serían todo un reto incluso para un Jedi completo.

Pero, sobre todo, lo mejor de todo era que ya había tenido acceso a los Archivos Jedi.

A Reath le encantaban los relatos. Le alucinaba la historia. Disfrutaba de investigar en registros, aprender lo que la gente pensaba, decía y hacía en tiempos inmemoriales. Mientras los demás padawans practicaban acrobacias o duelos con espadas láser, él se quedaba levantado hasta tarde con sus textos digitales.

Eso lo convertía en el bicho raro, casi siempre. En lugar de adaptarse, Reath se entregaba encantado a su afición por los libros. No entendía por qué tenía que pensar que el raro era él, sino que lo raro era que ellos esperaran que todos los iniciados resultaran tener la misma personalidad. Cuando los buscadores iban a encontrar niños sensibles a la Fuerza, solo comprobaban si había una capacidad potencial. No cierto temperamento y, sin duda, tampoco preferencias concretas. Nadie preguntaba nunca a los iniciados: «¿Te gustaría convertirte en un caballero heroico y aventurero?». Ni: «¿Preferirías quedarte en casa y leer?». Algunos individuos, por muy valientes y capaces que fueran, preferían leer historias que vivirlas, y Reath era uno de ellos.

Hasta hacía poco, la maestra Jora había sido muy comprensiva. Siempre había dicho que la Orden necesitaba académicos del mismo modo que necesitaba aventureros, y que normalmente había demasiados candidatos para el segundo grupo y no suficientes para el primero. Dijo que le parecía reconfortante que Reath fuera a contracorriente. Por eso, los encargos que le daba siempre incluían mucho tiempo en los Archivos. Otros Jedi que estaban en Coruscant incluso habían empezado a dejar abierto un cubículo de estudio concreto con el entendimiento tácito de que era el sitio de Reath.

Y, de repente, cuando nadie se lo esperaba, la maestra Jora aceptaba una misión en medio de ninguna parte.

Reath había protestado. Con respeto, por supuesto. Había expresado sus sentimientos, pero no había servido para gran cosa. «Será sano para ti esforzarte —le había dicho la maestra Jora con una sonrisa—, poner a prueba tus capacidades de otras formas.»

Pero Reath se había puesto a prueba a sí mismo. Se había presionado para sobresalir en todos los campos, no solo en sus preferidos. ¿Quién estaba siempre cerca del primer puesto de las clasificaciones de duelos de espada láser, clase padawan, pese a no gustarle demasiado los duelos? Reath Silas. ¿Quién había bordado todos y cada uno de los exámenes, salvo aquella vez que le había dolido el estómago? También Reath. ¿Quién era el único aprendiz durante décadas que dominaba las prácticas de meditación gatalentanas antes de cumplir los veinte años?

«Eres presa de la vanidad —se recordó Reath a sí mismo—. Estar demasiado orgulloso de uno mismo es la prueba de que dicha arrogancia está injustificada.»

No era que todo eso fuera idea de su maestra. Después de las protestas de Reath, ella lo había admitido: la maestra Jora había sido seleccionada por sus iguales para dirigir la misión Jedi en aquel borde nuevo de la frontera. Iba a ser la maestra Jedi encargada del Faro Starlight, que iba a estar en pleno funcionamiento cualquier día y que serviría de fuente de unidad y lealtad a través del sector más nuevo de la República. Su maestra merecía todos los honores que se le pudieran conceder y cualquier deber que ella eligiera. La maestra Jora habría rechazado la misión si no la quisiera. Estaba claro que sí que la quería. Y allí donde iba el maestro, el aprendiz lo seguía.

La maestra Jora se había ido a Starlight hacía semanas, él iría más tarde para acabar los exámenes del curso de Historiografía. Pero habían acabado. La etapa de Reath en Coruscant había llegado a su fin.

(Se le pasó por la cabeza suspender algo a propósito, pero fue incapaz de hacerlo.)

«¿Por qué no puede un Jedi cruzar el Arco Kyber solo?», se preguntó por enésima vez. Reath quería tener una respuesta lista para la maestra Jora cuando él llegara a Starlight. Como estaba preparando los exámenes, no tenía mucho tiempo para meditar sobre aquella cuestión. Fue a estudiar

el arco en sí, esperando que se le encendiera alguna bombilla, pero lo que ocurrió fue que vio a un Jedi cruzar el arco solo y sin ninguna dificultad aparente. Pero sabía que, aunque se lo contara a la maestra Jora, no conseguiría nada.

Reath tenía una misión. Había llegado la hora de concentrarse en ella.

Reath dijo a Kym:

—No debería quejarme por tener esta misión. Ni por cualquier otra, nunca.

Kym logró encogerse de hombros y bailar al ritmo de la música a la vez.

—Oye. No todo el mundo está igual de preparado para aceptar cualquier misión. Por eso se llaman «misiones» en vez de, no sé, «oportunidades de voluntariado».

—Afronto esto como si solo fuera un trabajo. —Reath estaba hablando tanto consigo mismo como con Kym—. Ser Jedi es una vocación. Estamos bendecidos con estas capacidades (estos dones) que estamos destinados a utilizar para el bien de todos los seres vivos. Eso es tan cierto en la frontera como aquí en Coruscant.

Pero no sentía que fuera igual de cierto.

Poniendo los ojos en blanco, Kym dijo:

—Gracias por el sermón, maestro Yoda. Ahora, ¿vas a relajarte y divertirme un poco?

Reath lo intentó. Estaba bien ver a todo el mundo otra vez. (Algunos aprendices ya se habían ido y él estaba deseán-

do volver a ver a Imri, sobre todo. Y Vernestra había conseguido ya el título de Caballero, algo increíble, porque así podría enseñarles cómo iba todo en Starlight.) El grupo de música formado por unos cuantos aprendices aficionados había ensayado, por una vez, y sonaban bastante bien. Reath sonrió, bailó y bebió ciertas bebidas que no estaban técnicamente prohibidas, pero que se desaprobaban para los padawans de su edad. Un pequeño exceso no era necesariamente malo, según había dicho su maestra. Aquellas celebraciones se podían aceptar cuando hacían que las personas se juntaran en comunión y armonía.

Pero su mirada seguía yendo hacia la amplia ventana de la sala. A través de su gran mirador transparente, podía ver el torbellino vibrante de Coruscant: naves y speeders volando a varias alturas y ángulos, capiteles de edificios, pasarelas tan numerosas que se entrecruzaban como una tela de araña. Desde que tenía uso de razón, a Reath le encantaba aquella energía, la sensación de que la propia galaxia tenía un corazón que palpitaba y que él podía notar su pulso a su alrededor, un día tras otro.

—Mira en tu interior, mi padawan —le había dicho la maestra Jora cuando Reath intentó contárselo—. Simplemente, te niegas a dejar el único hogar que has conocido.

Eso no era todo... pero era una parte. Una parte pequeña, igualmente. Saberlo no cambiaba nada. Reath quería estar allí y en ningún otro sitio.

Su crono hizo bip bip. Le dio un vuelco el corazón. Había llegado la hora de dejar la fiesta, los Archivos, el templo, el planeta y, de hecho, la civilización en sí.



Reath tardó bastante en poner punto final a las cariñosas despedidas de sus amigos, lo que provocó que llegara tarde al puerto espacial. Entró corriendo, con la bolsa colgándole cruzada en la espalda, solo unos minutos antes de la hora prevista para la salida. Sin embargo, parecía ser la primera persona que llegaba al puerto designado. No había llegado ningún otro Jedi, ni la nave en sí.

¿Tenía el número de puerto equivocado? Reath ya lo estaba comprobando frenéticamente cuando oyó una voz que reconoció:

—¡Esperaba verte por aquí!

Reath se volvió y vio a un joven caballero Jedi, Dez Rydan. Iba hacia él dando grandes zancadas y llevaba una bolsa en el hombro con su ropa de viaje. No parecía que hubiera ido al puerto espacial para despedirse de Reath.

—¿Dez? ¿Qué haces aquí?

Dez sonrió y dijo:

—Se ve que vamos a la frontera en la misma nave.

—No sabía que te hubieran destinado allí —contestó Reath. Un joven caballero tan ilustre como Dez podía ir a cualquier sitio que quisiera.

—Acabo de llegar. —Dez se encogió de hombros—. De hecho, pedí esta misión hace solo unos días. Qué suerte que me la aprobaran a tiempo, ¿verdad?

Reath asintió. Era más fácil y más diplomático que decir: «¿Por qué alguien en su sano juicio quiere dejar la galaxia conocida para ir a sus confines? ¡Y encima cuando uno es Dez Rydan!».

Probablemente tuviera que ver con lo que la maestra Jora había dicho, que a su segundo padawan no le gustaban lo suficiente las aventuras mientras que el primero las deseaba demasiado.

Dez había sido aprendiz de la maestra Jora Malli antes de Reath. A veces, los caballeros más jóvenes se convertían en mentores y amigos íntimos de los aprendices de sus antiguos maestros. Reath y Dez no tenían una relación tan estrecha porque las misiones de Dez lo llevaban a puntos alejados de la galaxia, pero eran amigos y habían practicado duelos juntos. Reath había sido la envidia de muchos padawans, varios de los cuales habían elegido a Dez como modelo a seguir.

Pese a la inclinación más académica de Reath, admiraba a Dez tanto como los demás porque era guapo, resuelto, alto, de piel dorada y pelo grueso y moreno y hacía amigos con facilidad. Pese a haber superado las pruebas de caballero solo ocho años atrás, ya había destacado tanto en diplomacia como en lucha.

—¿Dónde está el transporte? —dijo Reath, que veía boroso por lo que había bebido y esperaba que Dez no notara su estado. (No esperaba que le diera un sermón, igualmente. Reath sabía de buena tinta que la maestra Jora había pillado una vez a Dez después de que hubiera consumido muchas más bebidas en una fiesta y que no dejó que se fuera de rositas hasta haber superado las pruebas de caballero.)

Por lo visto, si Dez notó realmente el estado de Reath, no vio ninguna razón para señalarlo.

—Se ve que nuestro transporte original tiene un subalternador quemado —dijo Dez—. Por lógica, no se puede hacer gran cosa. Dicen que nos han conseguido un sustituto, pero incluso este llega tarde.

—¿Y si no aparece? —preguntó Reath, medio esperando que la respuesta fuera «Te dan una misión totalmente nueva y empiezas desde cero».

Dez se encogió de hombros.

—Encontraremos otra nave. Seguro que alguien va hacia allí dentro de un día o dos.

—¿Un día o dos? Olvídalo. —Orla Jareni cruzó los brazos en el pecho mientras se apoyaba en una de las barras que había allí cerca. Era como si hubiera surgido de repente, casi luminosa frente al mundanal gris oscuro del puerto espacial. Reath y Dez llevaban ropa de misión común, mientras que ella vestía ropa blanca que era exclusiva suya.

—Estoy lista para salir ahí fuera. Confíad en mí, hay

como mínimo una nave en este puerto espacial que quiere nuestro dinero lo suficiente como para llevarnos a través de Las Fauces, si es necesario.

Reath solo conocía a Orla Jareni por su fama, por una fama memorable. Hacía poco que Orla había declarado que era una exploradora independiente. Es decir, una Jedi que iría por libre respecto a los dictados del Consejo Jedi. Algunos Jedi, en ocasiones, se sentían atraídos por un período de acción solitaria, ya fuera meditar en el pico de una montaña, ayudar a los revolucionarios en un mundo dominado por tiranos o, incluso, en un caso legendario, convertirse en una pequeña sensación de la canción en Alderaan. Todos los caminos podían conducir a una comprensión más profunda de la Fuerza, según había oído Reath. Personalmente, no se lo creía. De todas formas, si el Consejo Jedi respetaba la decisión de Orla, él también lo haría. Parecía que ella sintiera que aquel camino conducía a la frontera.

El aspecto de Orla era tan sorprendentemente personal como sus decisiones. Era umbarana, con la piel pálida y los pómulos elevados típicos de esa especie. Su ropa blanca estaba tan inmaculada que hacía que la piel pareciera tener algún color. El pelo, recogido en un suave moño, era de un tono plateado casi tan oscuro como el color negro. Todo en Orla era angular, desde las uniones de su espada láser de doble hoja hasta las comisuras de su sonrisa astuta.

Y precisamente estaba sonriendo a Reath en aquel mo-

mento porque lo había pillado mirándola fijamente. Reath bajó la cabeza, esperando no haberse puesto rojo.

—Yo no estaría tan seguro —dijo el maestro Cohmac Vitus mientras se acercaba hasta el grupo. Su voz resonaba bajo la capucha de la túnica dorada, que hacía que cada palabra sonara como la sentencia grave de un juez—. Apenas hay tráfico comercial hacia Starlight, como mínimo, por ahora.

Reath no conocía bien al maestro Cohmac, aunque le habría gustado. Aquel hombre era reconocido como erudito y como místico. Parecía tener notas a pie de página en la mitad de los libros que leía Reath, en temas tan dispares como antiguos rituales de la Fuerza y alta negociación de crisis de rehenes. Nada de aquello explicaba del todo el aura mística que tenía. El maestro Cohmac tenía una altura media para un humano o casi humano de sexo masculino, pero parecía más alto debido a su complexión esbelta y angular, el pelo grueso y negro que le llegaba casi a los hombros y la solemnidad de su presencia.

Hasta hacía poco tiempo, Reath veía muchas veces al maestro Cohmac en los Archivos. Se pasaba muchas horas sentado cerca de él mientras ambos se sumergían en un holocrón tras otro. ¿Por qué habría solicitado el maestro Cohmac un destino alejado en la frontera? De repente, se le ocurrió una idea: «Ah, claro, es que también es folclorista. Probablemente vaya a recopilar historias y leyendas locales».

Reath se preguntó si aquello podría ser peligroso para el

maestro Cohmac, que era conocido por ser muy sensible a la Fuerza. Ir a un sitio tan salvaje seguro que los expondría a todos a influencias que ninguno de ellos había imaginado nunca.

Solo en aquel momento Reath se dio cuenta de que Orla Jareni y Cohmac Vitus caminaban el uno hacia el otro, mirándose a los ojos, con medias sonrisas en la cara.

—Vaya, habría jurado —dijo Orla— que una vez te oí decir que nunca volverías a esta parte de la galaxia.

—No importa lo lejos que corramos, ni en qué dirección lo hagamos —respondió el maestro Cohmac—. Al final, siempre volvemos al principio.

Poco a poco, Orla asintió.

—Sí. Ha llegado el momento de que cierre el círculo.

¿Qué significaba eso? Reath y Dez se miraron, lo que sugería que a los dos les picaba la curiosidad, pero que ninguno estaba dispuesto a entrometerse en sus asuntos.

En aquel momento, la atención de Reath (y de todos los demás) se desvió por una nave que volaba a través del puerto espacial, a poca altura, y que aterrizó precisamente en la plataforma en la que debería haber estado su transporte. Era algo fuera de lo normal, al menos, para Reath: tenía un recubrimiento azul oscuro, y su cabina y sus motores eran tan redondos que parecían bulbosos. Debía de haber sido construida mucho tiempo atrás, o bien los seres que la hicieron no se molestaron en incorporar los avances tecnológicos,

cosa que resultaba inquietante. Mientras se colocaba en la plataforma, todos los Jedi se miraron.

—Parece más una nave de transporte que una de pasajeros —dijo el maestro Cohmac.

—¿Y qué? Puede llegar al hiperespacio, ¿no? —Dez sonreía mientras el aire desplazado les revolvía el pelo y las túnicas con un silbido.

Reath frunció el ceño.

—¿Quizá?

En cuanto la nave aterrizó en la plataforma con un fuerte chasquido metálico, se abrió la escotilla y salió una chica. Posiblemente sería de la edad de Reath, no tendría más de un año o dos más que él. Tenía la piel morena y el pelo largo y castaño, que llevaba suelto. Vestía un mono normal de piloto, extraordinariamente limpio y planchado, del mismo tono azul especial que la nave en sí. En la manga tenía cosido un escudo con forma de estrella de color naranja oscuro. Se puso las manos en las caderas. Los miró de arriba abajo. Por lo visto, se llevó un chasco.

—¿Sois los pasajeros que van a Starlight? Pensaba que íbamos a recoger a un grupo de monjes o algo así. Vosotros parecéis... normales.

—Somos tus pasajeros y se podría decir que somos una clase de monjes —dijo el maestro Cohmac sin ninguna señal de sorpresa y solo una ligera pausa antes de preguntar—: ¿Pilotas tú?

Ella sonrió y señaló la puerta con el pulgar.

—Claro que no. Yo soy la copiloto, Affie Hollow. El piloto es él.

Una copiloto adolescente parecía discutible para Reath, pero cuando miró hacia donde estaba señalando la chica, aquellas dudas desaparecieron y fueron sustituidas por otras más urgentes, como: «¿Ese hombre lleva la camisa abierta hasta la cintura? ¿Está abriendo los brazos hacia nosotros como si quisiera un abrazo de grupo? ¿Quiere un abrazo de grupo? ¿Ha tomado especias?

»No, ¿cuántas especias ha tomado?».

—Gente preciosa —dijo el piloto, con un acento lacónico y una sonrisa de oreja a oreja—. Soy Leox Gyasi y os doy la bienvenida solemnemente a la nave.

Hubo una breve pausa, que hizo que Reath se sintiera mejor; incluso los Jedi experimentados no estaban completamente seguros de cómo dirigirse a aquel hombre. Al final, Dez dio un paso adelante con su encanto habitual.

—Dez Rydan. Es un placer conocerte. ¿Cómo se llama la nave?

Leox y Affie se miraron, estaba claro que iba a soltar una broma.

—Ya os lo he dicho —dijo Leox. Era un humano alto, delgado y de piel morena, y su pelo rubio oscuro y ondulado parecía no haberse peinado recientemente. Posiblemente, nunca—. Nuestra nave se llama... «La nave.» La llamé así no

por el recipiente en sí, sino por el espacio que hay dentro que le da el valor y el propósito. Para que me recuerde que hay que mirar más allá de lo obvio, ¿sabéis?

«Eso suena como el maestro Yoda después de haber tomado especias», pensó Reath. Y eso era una señal muy buena o muy muy mala.

—Me encanta —dijo Orla, aparentemente encantada de verdad—. Bueno, ¿podemos ver las camas?

Affie hizo una mueca.

—Ah, sí. Es que... somos más bien una nave de transporte. —El maestro Cohmac miró a Dez como diciendo «Vaya suerte que tenemos»—, pero pondremos unas mamparas y catres para vosotros.

La cara estrecha de Affie se iluminaba cuando sonreía.

—Solo porque seamos una sustitución de última hora no significa que no podamos hacer que el viaje sea cómodo.

Leox añadió:

—Eso, si no sois muy exigentes sobre vuestra definición personal de «confort».

Orla fue la primera que se dirigió a la pasarela.

—Somos Jedi, señor Gyasi. No necesitamos comodidades.

Affie arrugó la nariz.

—Entonces, ¿los Jedi son monjes o no?

Aquella pregunta hizo que Reath se quedara de piedra al darse cuenta de lo que significaba. Si ni siquiera entendían lo que era un Jedi...

—Sois de fuera de la frontera, ¿no?

—Para nosotros, no es una frontera, hijo. —Leox los condujo a todos después de Orla a *La nave*—. Es nuestra casa. Pero si te refieres a que no estamos acostumbrados a esta zona de la galaxia, es verdad. Nunca nos hemos acercado tanto al Núcleo, ni por casualidad.

—El Gremio Byne se ocupa de los envíos de todo el sector. —Affie parecía orgullosa—. Solo somos una de las naves de este gremio, una de las más pequeñas, la verdad, pero Scover Byne nos encargó la primera misión a Coruscant.

Reath, avergonzado por su falta de tacto sobre la «frontera», estaba deseando cambiar de tema. Estaba seguro de que era su oportunidad de preguntar más cosas sobre Leox y Affie, su nave y por qué habían obtenido aquel honor tan especial. También vio que tenía ganas de contarles cómo funcionaba la Orden Jedi a personas que no la conocían en absoluto.

Pero todas las conversaciones llegaron a su fin cuando Leox y Affie hicieron parar al grupo en el extremo de la cabina.

—Y este de aquí —dijo Leox con una sonrisa— es el oficial de navegación de nuestra nave, Geode.

En una esquina de la cabina había una roca.

Era más o menos igual de alta y ligeramente más ancha que el propio Reath, de color gris oscuro, con esquinas redondeadas y una superficie dura y escamosa. Era impresio-

nante, para ser una roca. Pero, vaya, no era más que eso, ¿no? Reath frunció el ceño, seguro de que aquello era alguna clase de broma extraña.

—Geode es vintiano, de Vint. —Leox rodeó con el brazo lentamente los «hombros» de la roca, como cualquiera haría con un amigo—. Geode es un apodo, por cierto. Resulta que solo se puede pronunciar su nombre correctamente si no tienes boca.

Reath intentó analizar aquello, pero fue en vano. Su consuelo principal fue que Dez y el maestro Cohmac parecían igual de confundidos que él. Sin embargo, Orla Jareni volvió a esbozar otra de sus sonrisas astutas.

—Geode, ¿eh? —dijo—. Encantada de conocerte.

Affie dio unas cuantas palmaditas en el costado a Geode.

—Es un poco tímido al principio, pero ya veréis cuando os coja confianza.

Leox se puso a reír a carcajada limpia mientras empezaba a llevarlos desde la cabina a la nave.

—Sí, ya lo veréis. Pero no quiero que os llevéis una impresión equivocada. Geode es un hombre salvaje, está claro, pero cuando se trata de pilotar la nave, es muy serio.

—Sólido, se podría decir. —Orla levantó una ceja—. Muy bien. Vamos a ver las camas.

—Bueno, es que tenemos que hacerlas primero para que luego las podáis ver —admitió Affie—. Será mejor que empecemos ya.

«Genial —pensó Reath mientras se volvía para seguir a los demás—. No solo voy hacia los confines de la galaxia, sino que encima el encargado de llevarnos a través del hiperespacio es una roca.»

A veces, la Fuerza tenía un gran sentido del humor.



Al cabo de media hora, sus habitaciones temporales habían sido construidas y asignadas, y tanto los pasajeros como la tripulación se habían atado para el despegue. Desde donde estaba Reath, solo podía vislumbrar la ventana de la cabina, enmarcada por paneles de control a un lado y el perfil de Geode (todavía inmóvil) en lo que debería de haber sido la posición del oficial de navegación. Tuvo que estirar el cuello para conseguir ver algo, pero valía la pena. Era la última vez que vería Coruscant durante muchos meses, quizá un año; Reath se negaba a considerar la posibilidad de que su misión durara más.

La palabra *casa* se le clavaba como si fuera una espina. A los Jedi no les enseñaban a pensar que sus templos eran su casa, ni tampoco los planetas en los que habían nacido. Sin embargo, el anhelo por tener una casa era algo de lo que ningún ser sintiente podría escapar nunca del todo. Reath no quería escapar de eso. Quería recordar Coruscant justo así: reluciente, próspero, potente.

«¿Te resistes a tu deber, mi padawan? —La voz de la maestra Jora resonaba en la memoria de Reath, ligeramente divertida, pero también mordaz—. Sin duda, eso es indigno de un Jedi.»

«Quiero cumplir con mi deber —respondió Reath en su mente, más claramente de lo que había conseguido expresar a la maestra Jora la última vez que habían hablado—, pero siento que mi deber está aquí, en Coruscant, en los Archivos.»

Se recordó a sí mismo que si algo le decía que no debía cambiar su vida en absoluto, ni un ápice, puede que no fuera la Fuerza.

Pero puede que sí.

Reath se agarró al asiento, aferrándose a su confianza en el instinto que le decía que aquella misión era una mala idea, al menos para él. Los otros tres Jedi parecían inalterables, incluso serenos. Envidiaba su certidumbre, su firme conexión con la Fuerza.

«Cuando haya superado mis pruebas —sopesó Reath—, seré como ellos. Inalterable y seguro. Determinado. Sin conflictos, ni dudas.»



Orla Jareni se agarró a las tiras bien acolchadas de su arnés de seguridad. Era un tránsito más duro de lo habitual, el

tipo de cosa que había esperado encontrar en la frontera y que había encontrado incluso más cerca de casa. Quería pensar que era una buena señal, pero siempre era un error crear augurios a partir de la esperanza o el miedo. Los verdaderos presagios se creaban solos y no se podían confundir cuando uno los tenía.

Todavía no había aparecido ninguna señal que demostrara que Orla había tomado la decisión correcta.

«¿Debería retirarlo todo? —se preguntó Orla—. El Consejo no me lo negaría si les dijera que me equivoqué, entonces...

»Entonces, quebrantarías la fe en ti misma. Al menos, empezarías a hacerlo. Vuelve a los orígenes de todo. Así sabrás si has tomado la decisión correcta.

»O no.»



La capucha de una túnica podía tener muchos fines, como abrigar, disfrazar o silenciar el exceso de ruido. En el momento de su partida, Cohmac Vitus se la había levantado a modo de escudo. Se estaba esforzando demasiado en controlar sus emociones para preocuparse de dominar el menor signo de sentimiento que pudiera mostrar su cara. La agitación interior debía ser tranquilizada antes de asumir sus responsabilidades en la frontera.

Presentarse voluntario para aquella misión le había parecido la decisión correcta, en aquel momento. No solo era un trabajo importante, sino que también llevaba a Cohmac de nuevo al lugar donde (en su mente) había dejado de ser estudiante y se había convertido en Jedi de verdad. Las pruebas para ser caballero habían sido una mera formalidad después de la crisis Eiram-E'ronoh.

Pero siempre que Cohmac pensaba en aquellos acontecimientos, tenía que luchar contra emociones que se suponía que ningún Jedi experimentaba.

«Volver allí te dará paz —se dijo a sí mismo—. Por fin podrás apartar esos sentimientos para siempre.»

Cuando Cohmac se lo había dicho a sí mismo en Coruscant, lo había creído.

Ahora ya no estaba tan seguro.



Dez Rydan estiró sus largas piernas delante de él, las cruzó en los tobillos y se recostó en su asiento auxiliar lo suficientemente para atrás para pensar que quizá se quedaría dormido en cuanto se pusieran en marcha. Creía que en ese momento se iba a sentir más tenso, pero estaba revitalizado. El mero hecho de tomar una decisión a veces tenía tanto poder como una acción. Tener un propósito aclaraba cada movimiento, cada pensamiento.

La maestra Jora, sin duda, diría que Dez debía tener más cuidado. Que el hecho de anhelar más aventuras podía conducir a otros anhelos menos compatibles con el papel de un Jedi.

Pero renunciar a la misión de Zeitooine de una forma tan repentina como había hecho él había provocado que se hicieran muchas preguntas y se volverían a plantear muchas más en el futuro.

«Hiciste lo que tenías que hacer —pensó Dez—, si te hubieras quedado más tiempo, tu frustración se habría convertido en rabia. ¿Aún no has acabado de dudar de ti mismo?»

Pensaba que ya había pasado página. De momento, era verdad. Pero solo el tiempo diría si su decisión sería duradera.



En la cabina, Leox asintió mientras las coordenadas aparecían en la pantalla. Unos cuantos hilos de su collar de meditación, que envolvían la palanca del tren de aterrizaje, se movieron y chasquearon cuando soltó la nave de la plataforma de aterrizaje y más allá de los confines del puerto espacial hacia la ráfaga de Coruscant.

—Buen trabajo, Geode —dijo Leox—. Estoy a punto para irme de este planeta loco. Está tan urbanizado y es tan

bullicioso que aunque estés fuera te sientes como si estuvieras entre cuatro paredes.

—A mí tampoco me ha impresionado demasiado —dijo Affie—. No es que pudiéramos ver mucha cosa, pero por lo que contaba Scover, parecía que fuera el mejor sitio de la galaxia.

—Es grande en lo que se refiere a tamaño. —Leox asintió mirando la superficie del planeta mientras se alejaban de él—. Pero no tanto en cuanto al encanto, para mi gusto.

Affie no pudo evitar sentirse decepcionada. Había esperado contar a Scover Byne alguna idea o impresión que demostrara su mérito de ser uno de los primeros miembros del gremio en viajar al Núcleo galáctico. Tenía que haber algo significativo y fantástico en Coruscant, por eso era el más importante de los mundos del Núcleo, ¿no? Fuera lo que fuera, Affie se lo había perdido. Quizá sus pasajeros serían interesantes; si aquella cosa «Jedi» significaba mucho, al menos podría contar algo a Scover.

«Solo quiero que te sientas orgullosa de mí», pensó. Scover era la propietaria del gremio y su madre adoptiva.

La atmósfera se hizo más delgada. El cielo se oscureció. *La nave* se escapó de Coruscant y se deslizó en el espacio. Leox agarró las palancas del hiperpropulsor y dijo:

—Me muero de ganas de alejarme de la civilización.

Después, puso rumbo al hiperespacio, alejándose del Núcleo Galáctico, hacia lo salvaje.